

mente por la colonia francesa, todo trajo las vivas simpatías por la Francia y por el hombre que la representaba con gran tacto y dignidad.

El 23 de mayo, en el almuerzo de despedida, á bordo del *Montcalm*, Loubet dijo en un breve discurso que las manifestaciones de simpatía entre las marinas rusa y francesa eran como el testimonio de la unión de ambos países y terminó con estas palabras: «Llevaré de mi estancia en este imperio hospitalario un caluroso é imperecedero recuerdo, y Francia, que se ha enterado con alegría del recibimiento hecho á su representante, permanecerá adicta á la alianza, cuya acción bienhechora aprecia Rusia como ella.»

El emperador contestó en estos términos: «Nos es infinitamente grato, á la emperatriz y á mí, volvernos á encontrar en medio de los bravos marinos franceses, y con un placer particular nos sentimos en Francia, á bordo de este buque. Os damos cordiales gracias por vuestra visita, señor presidente, y os suplicamos que transmitáis nuestros más simpáticos mensajes y nuestros mejores votos á Francia, amiga fiel é invariable aliada de Rusia. ¡Brindo por la prosperidad de la gloriosa marina francesa!»

Bajo la impresión todavía de las deslumbradoras solemnidades con que le había honrado el emperador de Rusia, Emilio Loubet, antes de volver á Francia, fué á pasar algunas horas en Copenhague, en la corte familiar del veterano de los soberanos de Europa, el rey Cristián de Dinamarca, que le obsequió con un almuerzo.

Después de haber recorrido la ciudad, cuyos habitantes le hicieron una simpática acogida, Loubet partió para Dunkerque, donde fué recibido por el presidente del Consejo y el ministro de Marina y obsequiado por un banquete de 1.500 cubiertos para celebrar su regreso á Francia.

El 22 de junio de 1902, el presidente de la República fué á presidir en el Mans un concurso federal de gimnástica, y, el 12 de octubre, fué á Valence, acompañado del ministro de Obras públicas, á poner la primera piedra de un nuevo puente sobre el Ródano, destinado á poner en comunicación los departamentos del Drome y del Ardeche. Después de las recepciones oficiales, asistió á un banquete que le ofreció la Cámara de Comercio, y, en contestación á un brindis del presidente de esta entidad, pronunció un patriótico discurso en que aconsejó el fomento de la agricultura para el desarrollo del comercio, el bienestar de los obreros industriales y agrícolas, la unión entre el capital y el trabajo y una protección igual para todos los intereses.

En 1903, Loubet hizo importantes viajes á Argelia, á Túnez y á Inglaterra y recibió en París las visitas de Eduardo VII y de los soberanos de Italia.

Acompañado de los ministros de Negocios Extranjeros y de Marina y del presidente del Senado, Loubet salió de París el 12 de abril para su excursión á Argelia. Fué acogido con entusiasmo por los habitantes de Marsella, donde se le habían unido el presidente de la Cámara y el ministro de Obras públicas el día 13. El día 15 hizo su entrada en el puerto de Argel, saludado por las escuadras rusa, italiana, inglesa y española, que le esperaban en la rada.

En el Palacio de Invierno, Eugenio Etienne, diputa-

do por Orán, presentó al presidente los diputados y senadores de la región, manifestando la alegría que á todos causaba la entusiasta acogida de que era objeto. Loubet recibió luego al presidente de las delegaciones financieras, al presidente del consejo general, á la embajada extraordinaria del sultán de Marruecos y á los comandantes de las escuadras extranjeras, á quienes obsequió con un banquete en el Palacio de verano. El 16, después de la revista pasada en Mustafá, hubo otro banquete en que el presidente historió en un gran discurso la obra de colonización francesa en Argel. En Orán, donde llegó el 17 con los Sres. Fallieres, Etienne y Marvejous, Loubet recordó que la mayor parte de los colonos del departamento descendían de los proscritos del 2 de diciembre, víctimas del segundo imperio, y añadió que la presencia, á su lado, de varios miembros del gobierno probaban que todo lo referente á Argelia afectaba al mismo tiempo al corazón de Francia. En Sidi-bel-Abbés, contestó en los siguientes términos al coronel del primer regimiento extranjero: «Gracias por haber hecho escribir en mi obsequio la historia gloriosa del primer regimiento de la legión extranjera... La historia de esta legión es toda honor y gloria... La legión sirve de refugio á esos alsacianos y loreneses que consideramos como nuestros hermanos de ayer y nuestros hermanos de hoy y á los extranjeros. Se ha ilustrado en los campos de batalla y he oído hacer su elogio por todos los que la han visto batirse en el Dahomey y en Madagascar...» En Tlemcen, el presidente aseguró á una importante delegación de notables indígenas «que Francia protegía á todos los que residían en el suelo patrio, tanto si eran indígenas como si eran franceses, pero que en cambio esperaba de ellos una abnegación absoluta.» Por la noche, el municipio ofreció un banquete en que el alcalde brindó por el presidente en nombre de la población de Tlemcen, «ciudadela avanzada de Francia en la frontera marroquí;» habló de «la conquista económica de las poblaciones vecinas» y del «saludable efecto» que Tlemcen no podía menos de producir sobre ellas con «el ejemplo del bienestar, de la seguridad, de la libertad religiosa y de la justicia de que disfrutaban, bajo los pliegues de la bandera francesa, los musulmanes de Argel.» En Saida, Loubet dijo al alcalde que había querido dar un testimonio de afecto á los argelinos y particularmente á los colonos que habían aplicado en aquel viejo reducto la divisa: *Ense et aratro*, desarrollando así la obra de los valientes soldados que habían obtenido brillantes victorias para honra del país. En 21 de abril hubo revista de tropas en Orán, una fantasía ejecutada por 4.000 árabes, una *diffa* ó banquete y una recepción de jefes indígenas; en el banquete ofrecido por la administración del ferrocarril del Estado, Emilio Loubet hizo el elogio del personal á quien se debían los excelentes resultados de la explotación.

Después de haber atravesado el pueblo de Margarita, teatro de los disturbios de 1901, y visitado Blidah, transformada en productiva huerta por los colonos, el presidente fué á la Kabília, donde recordó á los jefes indígenas delegados que «la fraternidad del trabajo y la fraternidad de las armas habían creado indisolubles lazos entre ellos y los franceses.» Después de hacer alto en Philippeville y en Constantina, el presidente se de-

tuvo en Setif, donde elogió la laboriosidad de los colonos y su buena inteligencia con los indígenas. El concurso agrícola de Guelma no le dejó indiferente, pero lo que le interesó en grado sumo, el último día de su excursión por la Argelia, fué su entrevista en Bona con el alcalde, Sr. Bertagna, y con el diputado Thomson. El primero repitió lo que había dicho diez años antes en el consejo general de Constantina, esto es, que en aquella provincia había resuelto el problema indígena desechando toda idea de antagonismo entre ambas razas y todo programa de absorción imposible. Thomson dió expresivas gracias al presidente por haber estudiado á fondo al problema relativo á la situación de los indígenas y por haber venido á disipar las malas inteligencias que aun subsistían. Loubet contestó diciendo que había observado una excelente armonía entre los dos elementos de la población y que en todas partes el ejército, la magistratura y la administración estaban á la altura de su misión y de su deber.

Al llegar á Túnez (27 de abril), donde le esperaban los Sres. Delcassé, Mougeot y Pelletán, con el bey Sidi-Mohamed y el presidente general, Sr. Pichón, el presidente, después de un cambio de entrevistas con el bey, recibió al Sr. Homberger, presidente de la Cámara de comercio, que hizo el elogio de los colonos. Loubet contestó felicitándose de la unión que en aquel país reinaba entre todos los franceses, en bien de Túnez y de la madre patria. En el almuerzo ofrecido por el presidente, el bey le confirmó sus sentimientos «de leal amistad.» El presidente contestó con un resumen económico de la Regencia. Una gran revista, seguida del desfile de las cofradías musulmanas, terminó el programa del día.

El 28 de abril, Loubet marchó á Bizerta, en cuyo puerto visitó, el 29, las obras de defensa, embarcándose luego en la *Juana de Arco* para Marsella, donde llegó el 30 y donde le esperaba el almirante Catton con la escuadra americana, encargado de presentarle las simpatías del presidente Roosevelt para el pueblo francés.

## VI

El presidente de la República apenas había descansado de las fatigas de su largo viaje por Argelia y Túnez, cuando recibió la visita del rey de Inglaterra, deseoso de borrar la mala impresión y los desagradables recuerdos del incidente de Fachoda, y de sentar las bases de una *cordial inteligencia* entre ambas naciones. El ministro de Negocios Extranjeros, Sr. Delcassé, y el embajador de Francia en Londres, Sr. Cambón, prepararon la feliz unión que había de abrir una nueva era en la historia de las relaciones entre ambos países.

Francia y París comprendieron que el patriotismo exigía una actitud amistosa, y fué en medio del entusiasmo general que el rey de Inglaterra, acompañado del presidente de la República, atravesó París para ir de la estación del Bosque de Boloña á la embajada inglesa donde se hospedó. Después de un cambio de visitas con el jefe del Estado, Eduardo VII contestó al presidente de la cámara de comercio inglesa de París, que le dió la bienvenida: «Tengo la firme confianza de que han concluido los días de hostilidad entre ambos países, y espero que, en lo futuro, la historia, cuando

estudie las relaciones anglo-francesas durante el siglo en que estamos, no podrá encontrar más que una amistosa emulación en el dominio comercial é industrial; espero que en lo porvenir, como en el pasado, Francia é Inglaterra podrán ser consideradas como campeones de la civilización y del progreso pacífico... La amistad de ambos países es objeto de mis constantes preocupaciones, y cuento, señores, con todos vosotros, que disfrutáis de la hospitalidad francesa en esta magnífica ciudad, para ayudarme á lograr este fin.»

El día terminó con una función de gala en el Teatro Francés.

Al día siguiente, 2 de mayo, hubo revista de tropas en Vincennes, y una visita al palacio del Ayuntamiento, en que el rey declaró que «se sentía como en su



Rouvier

propio país.» Unas animadas carreras de caballos, celebradas en Longchamp, precedieron la comida del palacio del Elíseo. A los postres, el presidente dió las gracias al rey Eduardo por su visita y por aquella manifestación de las relaciones cordiales que existían felizmente entre los dos países. Eduardo VII contestó diciendo, entre otras cosas amables, que celebraba aquella ocasión que había de estrechar los lazos de amistad entre ambas naciones, y deseaba que marchasen juntas por la senda de la civilización y de la paz.

La función de gala en la Opera, que siguió al banquete, fué una brillante solemnidad.

El 3 de mayo, en el almuerzo ofrecido al rey en el ministerio de Negocios Extranjeros, Eduardo VII habló extensamente con los Sres. Delcassé y Waldeck-Rousseau. La comida con que el monarca obsequió al presidente de la República se celebró en la embajada inglesa.

El 4 de mayo, el regio huésped salió de París para Cherburgo donde contestó al cordial saludo del almirante Touchard, diciendo que sentía dejar tan pronto la hospitalaria tierra francesa, pero con la esperanza de volver pronto. A bordo del yate en que iba á regresar á Inglaterra, envió á Loubet el siguiente telegrama:

«Antes de dejar el suelo francés, deseo daros una vez más las gracias muy calurosamente por la acogida amistosa que vos, vuestro gobierno y el pueblo me han dispensado en Francia y durante mi estancia en París, cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria.— EDUARDO, rey.»



El presidente de la República contestó:

«Celebro de veras la buena impresión que Vuestra Majestad se lleva de su estancia en Francia, y le doy muy expresivas gracias por los sentimientos que se ha servido manifestar respecto al pueblo y al gobierno franceses.—EMILIO LOUBET.»

A su vez, Loubet fué á Inglaterra, desembarcando el 6 de julio de 1903 en Douvres, donde pasó revista á la escuadra inglesa. El duque de Connaught, hermano de Eduardo VII, lo recibió con la mayor cortesía. Desde la estación de Victoria hasta el palacio de Saint-James, donde fué hospedado, el presidente de la República fué objeto de innumerables ovaciones. En la embajada de Francia, dirigiendo la palabra á los miembros de la Cámara de comercio y de diferentes asocia-



Ribot

ciones, Loubet les felicitó por haber contribuído á la unión de ambas naciones. En la comida de gala, Eduardo VII brindó por Loubet, dándole las gracias por su visita, que, aunque corta, no podía menos de estrechar los lazos que unían á los dos pueblos. A su vez el presidente manifestó la convicción de que la visita del rey Eduardo, cuyo recuerdo conservaba preciosamente Francia, serviría en gran manera para mantener y estrechar aun más las relaciones que existían entre Inglaterra y Francia, para el bien común y garantía de la paz del mundo.

Después de una visita al hospital francés y á la casa de las Instituciones, el presidente recibió, en el almuerzo del Guidhall (corporación de la Cité), los saludos del Lord-Maire, intérprete de la gratitud de Inglaterra por la calurosa acogida hecha por Francia á Eduardo VII. El presidente contestó diciendo que el gobierno francés deseaba ardientemente fomentar entre los dos países sus buenas relaciones de amistad. Por la noche, hubo comida de etiqueta en la embajada de Francia y función de gala en el teatro de Covent-Garden. El 8 de julio, Loubet visitó el palacio de Windsor y la tumba de la reina Victoria, asistió á una revista militar en el campo de Aldershot, á una comida en casa del ministro de Negocios Extranjeros, marqués de Lonsdowne, y á un baile en Buckingham-Palace.

El 9 de julio, Loubet llegó á Douvres, desde cuyo puerto, antes de embarcarse para Francia, envió á

Eduardo VII un telegrama de «viva gratitud por la acogida cariñosa que el monarca, la familia real y la nación británica habían dispensado al representante de Francia, amiga de Inglaterra.» El rey le contestó con otro telegrama diciendo que «su más ardiente deseo era que la unión entre ambos países fuese duradera.»

Este cambio de visitas, lejos de ser estéril, fué el preámbulo del tratado de arbitraje franco-inglés, que se refería al artículo 19 del convenio de La Haya de 29 de julio de 1899 y preparaba la organización de las buenas relaciones entre Inglaterra y Francia, apoyándolas sobre bases duraderas. El 26 de noviembre, al recibir en el Elíseo á los delegados del Parlamento inglés, Loubet les dijo que las dos grandes naciones de la Europa occidental debían celebrar haber sido las primeras en dar un ejemplo que otras seguirían sin duda, firmando un tratado de arbitraje.

El presidente de la República y su gobierno siguieron igual política respecto á Italia y obtuvieron los mismos resultados. Las intrigas de Crispi y de Bismarck, después de los tratados de la Triple Alianza, habían alterado durante largo tiempo las relaciones entre Francia é Italia. La tirantez había cesado, sin embargo, hacía ya algunos años y la unión se operaba insensiblemente. La visita de los soberanos italianos á París precipitó la reconciliación vivamente deseada por una y otra parte. El 14 de octubre de 1903, el rey Víctor Manuel y la reina Elena, acompañados del almirante Morin, ministro de Negocios Extranjeros, llegaron á París por la estación del Bosque de Boloña. El presidente de la República y la señora de Loubet los condujeron al palacio de Relaciones extranjeras.

La acogida del pueblo de París fué entusiasta. Vibraba en el alma de la muchedumbre una emoción intensa, la ardiente alegría que causa el volver á encontrar á amigos queridos después de una larga ausencia. En todo el trayecto se oyeron frenéticas aclamaciones.

Por la noche, en la comida con que obsequió á los soberanos italianos, en el palacio del Elíseo, el presidente de la República y Víctor Manuel cambiaron brindis de concordia y amistad. El 15 de octubre, después de haber pasado el día en Versalles, los regios huéspedes asistieron á una función de gala en la Opera. El 16 visitaron la Casa de las monedas, los Inválidos y el Palacio del Ayuntamiento, se celebró en la embajada de Italia el almuerzo ofrecido por el rey al presidente, y, en el ministerio de Negocios extranjeros, una comida de gala con recepción. El 17, durante la cacería del rey en Rambouillet, el museo del Louvre recibió la visita de la reina Elena, acompañada de la señora de Loubet. Después de la revista de Vincennes, pasada el 18, el rey pronunció, en el almuerzo militar del Elíseo, un breve y sentido discurso, recordando los tiempos en que los soldados franceses derramaban su sangre al lado de los soldados italianos y manifestando el deseo de que, «de hoy más, las fuerzas militares de las naciones sirvan únicamente para asegurar la paz.» Loubet contestó que la sangre vertida en pro de una misma causa por los soldados italianos y franceses no había de ser perdida para la paz y para la unión entre ambas naciones. Aquel mismo día, los soberanos salieron de París por la estación de los Inválidos. El 19, Víctor Manuel telegrafió de Modana á Emilio Loubet: «En el momen-

to de pasar la frontera, me complazco en expresar los sentimientos de gratitud de que estamos animados, la reina y yo, por la acogida que hemos recibido en París. El recuerdo de las demostraciones calurosas que nos han sido prodigadas queda profundamente grabado en nuestro corazón é irá siempre asociado á nuestros votos más ardientes por la prosperidad de Francia.» Loubet contestó al rey con el siguiente telegrama: «Me hallo profundamente conmovido por los sentimientos

te! ¡Viva el rey! ¡Viva la República!» El 26, Loubet asistió á una gran revista militar y visitó, en compañía del rey, el Foro romano, el Coliseo y las Termas de Caracalla. Por la noche hubo en el Quirinal comida de gala en honor del presidente de la República, y en el Capitolio, gran recepción ofrecida por el municipio. Como recuerdo de esta visita, el síndico de Roma entregó al presidente una medalla de oro, en un magnífico estuche adornado con el escudo de la ciudad. El 27, Lou-



Cristián de Dinamarca

que me expresáis en el momento de regresar á Italia. Francia entera conservará el recuerdo de los días que hemos tenido la dicha de poseeros. Servíos aceptar, al mismo tiempo que mis votos por la prosperidad de vuestro hermoso país, el nuevo testimonio de mi sincera amistad y presentar á Su Majestad la reina mis respetuosos homenajes.»

El recuerdo que ha quedado de esta visita de los soberanos italianos á Francia es el de una manifestación espontánea, salida del corazón del pueblo francés por un pueblo hermano de raza, de costumbres y de ideas. El tratado de arbitraje de 25 de diciembre selló la unión de las dos naciones latinas como se habían sellado antes la «inteligencia cordial» con la Gran Bretaña y la alianza franco-rusa.

En 25 de abril de 1904, el presidente de la República devolvió la visita á los soberanos de Italia, siendo acogido en Roma con efusión cordial por el rey y con entusiasmo por el pueblo, que se agolpaba á su paso, agitando pañuelos y sombreros y prorrumpiendo en gritos de «¡Viva Francia! ¡Viva Italia! ¡Viva el presiden-

bet ofreció una comida de gala á los reyes en el palacio Farnesio, banquete acompañado de un concierto y seguido de una brillante recepción. Después de la fiesta, Loubet hizo entregar al príncipe Colonna, síndico de Roma, 40.000 francos para los pobres de la ciudad. Este donativo produjo grande impresión, pues el pueblo romano no pudo menos de compararlo con los 10.000 francos ofrecidos por el rey Eduardo y los 5.000 regalados por el emperador Guillermo.

El 28 de abril, Loubet y el rey de Italia marcharon á Nápoles, donde les aguardaba un entusiasta recibimiento. A pesar de una lluvia borrascosa que duraba desde la noche anterior, una inmensa muchedumbre llenaba la carrera del cortejo desde la estación del ferrocarril hasta palacio. La llegada del tren real fué saludada por las salvas de las escuadras italiana y francesa fondeadas en el puerto. En prueba de gratitud á la población que había arrostrado la lluvia, todos los landós del cortejo pasaron descubiertos, entre las aclamaciones de la multitud. Una vez en el palacio real, Loubet tuvo que salir dos veces al balcón, en compa-



ña del rey, para responder á la ovación popular. Por la noche hubo comida de gala de ciento catorce cubiertos en la Reggia, y función, de gala también, en el teatro de San Carlos, donde el rey y el presidente fueron saludados con una salva de aplausos que se repitió después de la ejecución de la *Marsellesa* y del himno italiano. Loubet hizo entregar al síndico de Nápoles, marqués del Carretto, 20.000 francos para los pobres de la ciudad.

El 29 de abril, el presidente de la República pasó, con el rey, la revista de las escuadras francesa é italiana, última solemnidad de cinco días de fiestas. Los dos jefes de Estado se despidieron afectuosamente. Después de estrechar la mano á Loubet, el rey le abrazó, y aquel abrazo simbolizaba la fecunda unión de ambos países.

La Santa Sede vió con amargura la conclusión del nuevo acuerdo franco-italiano en la misma Roma que fué capital de los Estados pontificios. A la táctica conciliadora de León XIII siguió la intransigencia de Pío X; la nota circular del cardenal Merry del Val á las potencias extranjeras (28 de abril de 1904) protestando contra la visita de Emilio Loubet á Víctor Manuel, calificada de ofensa al papa, revestía un carácter de acritud provocadora que acarreó la ruptura inmediata de las relaciones diplomáticas entre el Vaticano y el gobierno de París; preludio de la abolición del Concordato y de la separación definitiva de la Iglesia y el Estado.

El 12 de julio de 1904, Loubet recibió en el Elíseo la visita del bey de Túnez, Sidi-Mohamed el Hadj, acompañado del Sr. Pichón, residente general de Francia en la Regencia. El presidente de la República dió en su obsequio una comida y una fiesta de las más brillantes. Los brindis pronunciados por el presidente y por el bey confirmaron la unión de Túnez á los intereses de Francia y de Argel.

Mientras tanto, los debates parlamentarios sobre el reclutamiento del ejército y el ascenso en la oficialidad decidieron al gabinete Combes á retirarse de la lucha, antes del resultado de una votación que hubiera podido ocasionar su caída. El ministerio que le reemplazó en 24 de enero de 1905 estaba así constituido: Presidencia del consejo y Hacienda, Rouvier; Negocios extranjeros, Delcassé; Agricultura, Ruau; Colonias, Clementel; Comercio, Dubief; Guerra, Berteaux; Instrucción pública, Bellas Artes y Cultos, Bienvenido Martin; Interior, Etienne; Gracia y Justicia, Chaumié; Marina, Thomson, y Obras públicas, Gauthier. En 7 de junio del mismo año, la cuestión de Marruecos ocasionó la dimisión de Delcassé, que fué reemplazado once días después por el Sr. Rouvier, á quien substituyó en Hacienda el subsecretario de este departamento señor Merlou. Como la Cámara se hallaba dispuesta á mantener una estabilidad ministerial, relativa al menos, el nuevo gabinete duró más de un año.

Una ojeada á la política exterior de Francia, desde 1898 hasta 1905, se impone aquí como la conclusión natural de los viajes de Loubet y de la obra diplomática realizada bajo su presidencia, con el concurso de Delcassé, ministro de Negocios Extranjeros.

La heroica, pero arriesgada expedición de Fachoda, estuvo á punto de crear en 1898 un grave conflicto con

Inglaterra. La diplomacia francesa lo evitó con una transacción equitativa; mediante el abandono de los puestos, difíciles de defender, que los franceses acababan de ocupar en el Bahr-el-Gazal, aquel convenio fijó los límites de las esferas de influencia inglesa y francesa en el Norte de Africa y enlazó entre sí todas las posesiones francesas del Senegal y del Níger, para constituir en el Noroeste africano un imperio colonial compacto.

Resultando Marruecos como enclavado en este imperio, tratábase de hacer aceptar en él la influencia francesa, tranquilizando á las naciones que hubiesen podido oponerse á ello; para lo cual había que entenderse desde luego con las principales potencias mediterráneas. Delcassé propuso á Inglaterra que dejase á los franceses toda libertad de acción en Marruecos, en cambio de lo cual Francia renunciaría á su oposición á la ocupación inglesa de Egipto. Este acuerdo, preparado por los viajes de Eduardo VII á París y de Loubet á Londres, solucionó al mismo tiempo la irritante cuestión de Terranova.

La renuncia de Inglaterra á toda ingerencia en Marruecos había sido facilitada por la unión franco-italiana. Delcassé declaró á Italia que Francia se desinteresaba, en el Africa mediterránea, de los acontecimientos que pudiesen producirse al Este de Túnez; é Italia, en cambio, declaró desinteresarse de la cuestión marroquí, lo cual había de determinar el desinterés de Inglaterra, privada ya, en esta cuestión, de su tradicional aliada mediterránea. El convenio franco-italiano, preparado por un tratado de comercio entre las dos naciones latinas y confirmado por las visitas del rey de Italia á París y de Loubet á Roma, tenía otra ventaja: la de que ambas potencias quedaban tranquilas respecto á sus respectivas intenciones, y la Triple Alianza, ya debilitada en 1897 por la inteligencia directa entre Austria y Rusia en los Balkanes, parecía perder todo carácter agresivo.

Segura de la adhesión de Italia y de Inglaterra, Francia tuvo que entenderse también con España, que declaró adherirse al convenio franco-inglés de 8 de abril de 1904, en esta forma:

«Habiéndose puesto de acuerdo el gobierno de la República francesa y Su Majestad el rey de España para fijar la extensión de los derechos y la garantía de los intereses que resultan, para Francia, de sus posesiones argelinas, y, para España, de sus posesiones en la costa de Marruecos, y habiendo el gobierno de Su Majestad el rey de España dado, por consiguiente, su adhesión á la declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904, relativa á Marruecos y á Egipto, que le había sido comunicada por el gobierno de la República francesa, declaran permanecer firmemente adictos á la integridad del imperio marroquí bajo la soberanía del sultán.»

A últimos de marzo de 1905 se introdujo un elemento nuevo en la penetración pacífica del dominio marroquí; el emperador de Alemania fué de cruceo á Tánger, donde hizo una demostración que causó, en Francia, una impresión de sorpresa, seguida muy pronto de una viva inquietud sobre las consecuencias posibles de tan esperada intrusión, cuyos motivos no tardaron en ser conocidos. La decadencia militar de Rusia, aliada de Francia, la inteligencia de ésta con España y sobre

todo con Inglaterra inspiraron á Guillermo II la idea de que el momento era favorable para echar el peso de su espada en la balanza europea.

La armonía «cordial» con Inglaterra recibió una nueva confirmación con el encuentro, en la estación de Pierrefitte-Stains, el 6 de abril de 1905, entre el presidente de la República y Eduardo VII que atravesaba Francia para ir á Argel y á Marruecos.

La diplomacia francesa no dejó de interesarse en los acontecimientos que se desarrollaron en el imperio turco. La escuadra afirmó aquella acción en Mitilene, mientras los cónsules de Francia, de acuerdo con los de Rusia, impedían la repetición de los degüellos de Armenia, y los oficiales franceses, de acuerdo con los de las demás potencias, trabajaban eficazmente en la reorganización de la gendarmería macedonia.

Dejando á la reina Alejandra continuar su cruceo por el Mediterráneo, Eduardo VII marchó á París, donde llegó el 29 de abril de 1905, hospedándose en el hotel Bristol. Al día siguiente recibió la visita del almirante Fournier, á quien entregó el gran cordón de la orden de San Miguel y San Jorge, en recompensa del acierto con que había dirigido los trabajos de la comisión sobre el incidente de Hull.

El presidente de la República fué expresamente de Montelimar á París con el objeto de recibir al rey de Inglaterra, á quien obsequió con una comida de gala en el Elíseo y una representación teatral en que tomaron parte artistas de la Opera, de la Opera Cómica y de la Comedia Francesa. El 3 de mayo, Eduardo VII salió para Londres, después de haber manifestado el deseo de que, en sus próximas excursiones, le respetasen el incógnito y lo tratasen como los reyes de Bélgica y de Grecia, que circulan por París como simples particulares.

El acuerdo franco-italiano se manifestó otra vez de una manera brillante en la inauguración (6 de mayo) de la estatua de Víctor Hugo en el parque del Palacio Borghese en Roma, donde figura la de Goethe, su rival en inspirado talento, y donde ambas aguardan la de Shakespeare.

Como los soberanos de Inglaterra á Italia, el rey de España respondió á la invitación de Emilio Loubet entrando en territorio francés, el día 30 de mayo de 1905, acompañado del ministro de Estado, Sr. Villa Urrutia, del duque de Sotomayor, del general Bascarán, de los ayudantes, los condes de Grave y de Aybar, del duque de Santo Mauro, de un oficial superior de marina, de un secretario particular, de un secretario de embajada y de un médico militar. Al llegar á Hendaya, saludó por telégrafo al presidente de la República. En Blois subieron al tren real el embajador de España, marqués de Muni, y parte del personal de la embajada, que habían ido al encuentro del monarca. En los Aubrais (Orléans), donde tuvo efecto la recepción oficial, el general Debatisse saludó al rey en nombre del presidente de la República, y el general Millet, comandante del 5.º cuerpo de ejército, le presentó las autoridades civiles y militares; después de lo cual, continuó el tren su marcha hacia París.

En la estación del Bosque de Boloña, mientras la batería de los Inválidos hacía salvas de 101 cañonazos, Alfonso XIII fué objeto de una cordial acogida. En el

andén le esperaba el presidente de la República, acompañado de los presidentes del Senado, de la Cámara y del Consejo, de los ministros, de los prefectos del Sena y de policía, de los presidentes del Consejo municipal de París y del Consejo general del departamento, y de los altos funcionarios del Estado.

En un coche á la *daumont*, bajo los rayos de un sol meridional y entre las ovaciones mil veces repetidas de una muchedumbre entusiasta, el rey y el presidente se encaminaron hacia el ministerio de Negocios Extranje-



Eduardo VII de Inglaterra

ros, residencia accidental del joven monarca, por la avenida del Bosque, la plaza de la Estrella, los Campos Elíseos y la plaza de la Concordia, empavesadas con mástiles, escudos, trofeos, colgaduras y guirnaldas de flores.

Después de las visitas recíprocas de los dos jefes de Estado, Loubet obsequió á Alfonso XIII con una comida en el Elíseo.

La mañana del 31 fué consagrada á paseos por París. El rey visitó la capilla y el sepulcro de Napoleón I en los Inválidos y la tumba del presidente Carnot en el Panteón. En el vestíbulo de este monumento recibió una delegación de los estudiantes franceses que pasó á saludar «al primero de los estudiantes españoles.» Después de visitar el Tesoro de la Catedral, Alfonso XIII asistió á una brillante recepción con que le obsequió el Ayuntamiento en el Palacio municipal. Los concejales entregaron luego al rey la medalla de oro acuñada especialmente en honor de su visita y el centro de mesa de plata sobredorada, regalo de la ciudad de París.

En el Mercado central, donde el cortejo pasó por debajo de un arco de triunfo, hecho de verduras, la Mu-